

La literatura comparada: informe para una academia (norteamericana).

Autor:
Gilman, Claudia.

Revista
Filología

1997, N°30 1/2, pp. 33-44



Artículo

LA LITERATURA COMPARADA: INFORME PARA UNA ACADEMIA (NORTEAMERICANA)

En su *Historia del siglo XX*, Eric Hobsbawm (443-444) señala al pasar el carácter eminentemente teórico del marxismo de los sesenta y su vinculación fuerte con las instituciones universitarias. El fenómeno de la academización de la izquierda y el progresismo en general también es tema de la introducción de Bruce Robbins al volumen consagrado a la nueva situación de los intelectuales. Su hipótesis, resumida algo sumariamente, afirma, a pesar de la ola neoliberal de la era de Reagan, el “éxito” de la izquierda y su penetración en las instituciones educativas y culturales de los EE.UU.¹ Con variaciones, podría decirse que la descripción de este sesgo teorístico y crítico en la cultura intelectual también puede rastrearse en los trabajos de Perry Anderson² y en las hipótesis de Alvin Gouldner sobre la cultura del discurso crítico como característica principal de los intelectuales.

La amplitud actual del fenómeno es en parte el legado de los años sesenta y del carácter juvenilista y estudiantil de las principales revueltas ocurridas en ese período en el Primer Mundo. La academización de la izquierda desplazó ciertas prácticas intelectuales, consideradas “radicales” desde el punto de vista de sus inclinaciones políticas hacia el interior de las universidades.

Ciertamente, están en juego las diversas modalidades de las “políticas de representación” que se reivindican en relación con la visibilidad creciente de particularismos, enfrentamientos y antagonismos, en otras palabras, de una nueva mirada sobre la sociedad que tiende a resaltar las diferencias de diversa índole y cómo se articulan las representaciones de los diferentes sectores, grupos, etnias, estratos. Esta inserción del progresismo en el interior de la academia, el discurso crítico y teórico afectó por fuerza las disciplinas, en particular en los EE.UU, en donde la politización es eminentemente universitaria, en contraste con la cultura política y cívica de la ciudadanía en general.

Como no podía ser de otra manera, la literatura comparada, una disciplina establecida vigorosamente en la posguerra resultó alterada por ese panorama y

¹ Ver en especial, Bruce Robbins, “Introduction: The Grounding of Intellectuals” y Stanley Aronowitz, “On intellectuals”.

ha debido responder a los desafíos del multiculturalismo, por un lado y al auge de los estudios culturales, que rechazan el elitismo tanto del canon como del concepto mismo de la literatura "alta" como objeto de estudios, por el otro. Las nuevas modalidades de politización expresadas por nuevas disciplinas pone en cuestión los fundamentos ideológicos de la escuela comparatística norteamericana y los practicantes actuales de la disciplina se encuentran ante el desafío de adecuarse al embate multiculturalista.

MUERTE Y/O RESURRECCIÓN DE LA LITERATURA COMPARADA

¿Se muere o no se muere la literatura comparada? Y en caso afirmativo: ¿su agonía es un castigo por sus muchos pecados (eurocentrismo, racismo, machismo, elitismo) o un síntoma de la transformación del mundo y de la emergencia de nuevos objetos en los que hincar el pensamiento?

El informe sobre "el estado del arte", remitido en 1993 por un comité presidido por el comparatista Charles Bernheimer a la American Comparative Literature Association (ACLA) y las reacciones que suscitó entre los académicos de los EE.UU. son un buen punto de partida para reflexionar en torno a la tensión entre los aspectos organizativos de una disciplina y su *libido sciendi*, entre los presupuestos que rigen su existencia de hecho y los que orientarían su legitimidad intelectual en las instituciones universitarias norteamericanas.

Del conjunto de posiciones expresadas en el volumen que recoge tanto el informe Bernheimer como sus diversas lecturas e interpretaciones se hace evidente que la literatura comparada, para la Academia norteamericana, más allá de su retórica se coloca a la defensiva, es decir, asumiendo su estado como de crisis.

No son pocos los que anuncian que ya se cavó la fosa en donde dignamente reposarán los restos de la literatura comparada como disciplina. Otros, en cambio, proclaman la necesidad de un nuevo maquillaje: la literatura comparada habría dormido el sueño de Rip Van Winkle y si desea despertar de este anacronismo político, ideológico y cultural, deberá hacerlo luciendo nuevos afeites, en especial, los de los estudios culturales. No falta tampoco que proponga la necesidad de una nueva nomenclatura: *Translation studies*, *Comparative media*, etc. Y por último, se aventura también la posibilidad de que la especialización en literatura comparada sea reemplazada por la de estudio de área y/o la ubicación de los objetos de interés comparatístico en diferentes marcos cronológicos (estudios medievales, estudios sobre el Renacimiento, modernismo, posmodernismo, por ejemplo).

CRISIS PROFUNDA Y NECESIDAD DE ARQUEOLOGÍA

La institucionalización de la literatura comparada en los EE.UU es un hecho de la posguerra: su internacionalismo militante proponía la posibilidad de una reconstrucción esperanzada de un campo de afinidades, de un internacionalismo solidario en contra de los peligros de la afirmación nacionalista, con la voluntad de ver en la literatura (y el arte) una afirmación universal de valores humanos no limitados por fronteras.

Actualmente están en cuestión las bases de ese presunto internacionalismo, como también los desplazamientos hacia la teoría que caracterizaron a la disciplina a finales de los años setenta. En efecto, en ese momento se inició la “era de la teoría” con una franca predilección por la deconstrucción encarnada por Paul de Man y Jacques Derrida. Casi puede decirse que la teoría literaria fue el producto oficial de la literatura comparada como disciplina. Primera crisis, pues: de la literatura considerada como repositorio de valores comunes se pasó a la crítica de esas certidumbres, los valores mostraron ya la hilacha, la ilusoriedad. El sujeto se reveló como un efecto equívoco de desplazamientos retóricos. De modo que la práctica (a veces acrítica) del deconstruccionismo hizo colapsar las bases mismas de la ilusión comparatista, al demostrar cómo un elemento estaba siempre contaminado por el otro y poniendo en cuestión las bases identitarias que fundaban el ejercicio de la comparación.

Segunda crisis: La aporía inevitable de la indecidibilidad deconstructiva, a la que se identificó como causante de cierto desapego escéptico respecto del mundo social se tornó problemática. “Incluso aquéllos, incluido yo mismo, que habían sido profundamente influidos por la deconstrucción se sintieron cansados de la vigilancia sistemática y desconfiada, cansados y desmoralizados del trabajo de corroer las bases sobre las que nos sustentamos, cansados de ser mortalmente rigurosos, cansados de las comparaciones que siempre llevaban a la indiferencia” (Bernheimer, S.). De esa fatiga habría derivado un nuevo interés por resucitar los contextos psicológicos, históricos o sociológicos, un renacimiento de las relaciones extrínsecas de la literatura, bajo la presión de los postulados de la crítica feminista (tributaria en un comienzo de la deconstrucción) pero preocupada por desentrañar relaciones de poder de otra índole, y por el auge (y prestigio) de los estudios postcoloniales, que revelaron las formas simbólicas de la coerción de las múltiples formas de la otredad. De ese modo, se habría

² Ver en particular, el capítulo 3, “Cambios formales”, en donde Anderson afirma: “El hecho más sorprendente de toda la tradición que va de Lukács a Althusser y de Korsch a Colletti es la abrumadora preponderancia de los filósofos profesionales... Socialmente este cambio significó un emplazamiento académico creciente de la teoría elaborada en la nueva época. [...] al fin de la segunda guerra mundial, la teoría marxista había emigrado de manera prácticamente total a las universidades...”

producido una renovación del análisis moral en la arena de las prácticas sociales que desafiaba a las poéticas de la retoricidad propuestas por la teoría pura y dura. Las exigencias del multiculturalismo no facilitaron la tarea de la literatura comparada: la ampliación brutal del campo so pena de incurrir en etnocentrismos de variado pelaje, la adopción de nuevos criterios para superar el "great divide",³ la frontera que durante años dividió el mundo de la cultura alta y la baja cultura, la crítica en contra de cualquier mecanismo de exclusión y dominio ilegítimo, pusieron a la literatura comparada contra la espada y la pared.

Por esa razón, solo muy superficialmente el volumen *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism* consiste en la discusión del informe del comité presidido por el comparatista Charles Bernheimer⁴ ante la American Comparative Literature Association (ACLA) sobre los estándares de la disciplina. Más bien se trata de responder a la puesta en cuestión de la disciplina misma, de su pasado, presente y futuro, en el marco de la demanda de autoconciencia generalizada por la que todo pensamiento, doctrina, posición, certidumbre, práctica o disciplina deben dar cuenta de sí mismos, de sus presupuestos y lagunas, de sus puntos ciegos y sus consecuencias.

Estatutariamente, la ACLA se obliga a comisionar cada diez años la redacción de un informe sobre los estándares de la disciplina, que luego se somete a la consideración de sus miembros. El informe Bernheimer es el tercero de la serie y constituye ante todo, una lectura de los informes anteriores⁵ en la medida en que su documento propone una arqueología de la disciplina y considera a los informes precedentes textos emblemáticos e intertextos problemáticos.

La alusión, en el título, del informe Bernheimer ("Comparative Literature at the Turn of the Century") a la hecatombe de lo finisecular, marca la diferencia con respecto a los precedentes y señala la intrusión de la historia en la identidad de la disciplina. El hiato temporal, la ruptura del orden armonioso de los múltiplos es síntoma de la problematicidad conceptual de la disciplina en la década del ochenta. Hubo un informe realizado 1985 que no satisfizo al comité de la ACLA y por lo tanto no fue dado a conocer.

En su introducción al informe y comentario final, en lo que es también una reseña de la discusión en torno al informe, Bernheimer subraya

³ Cf. Andreas Huyssen, *After the Great Divide. Modernism, Mass Culture, Postmodernism*. Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1986.

⁴ El comité está integrado por "top scholars" de distintas instituciones y cubre un campo amplio y variado de especializaciones (narrativa y genealogía, estudios sobre el siglo diecinueve, Renacimiento desde la perspectiva del feminismo y los estudios culturales, crítica feminista, *black studies*, estudios culturales, teoría, estudios étnicos, literatura nativa de EE.UU., historia intelectual, literatura medieval, estudios latinoamericanos, colonialismo y postcolonialismo).

⁵ El informe Levin, "Report on Professional Standards" (1965) y el informe Greene, "A Report on Standards" (1975).

involuntariamente una de las características más sorprendentes de esta discusión sobre la literatura comparada: su naturaleza disciplinaria, su asociación con el “salida laboral” del graduado en literatura comparada, no hacen sino enfatizar esta dirección. Sin duda, algo de este efecto de reflexión más organizacional que conceptual deriva del propósito de la ACLA al solicitar un informe sobre los estándares profesionales. El último comité a cargo del informe, sin embargo, prefirió, antes que establecer standards, dar prioridad a la discusión sobre “la misión intelectual de la disciplina”. La incomodidad de proporcionar un modelo de standards surge de la dificultad para definirlos ante la crisis de la disciplina misma ante la ampliación del campo de estudio abierta por las posiciones multiculturalistas. Pero también revela la desconfianza de la academia posmoderna ante el carácter inherentemente impositivo de la noción misma de estándar.

Lo dicho más arriba explica las causas de la inaceptabilidad, en los noventa, de los informes previos de Levin y Greene: básicamente, la caracterización de la literatura comparada como disciplina de elite. El informe Levin y el informe Greene se sitúan en la misma sintonía de onda. La disciplina se reserva para los “alumnos más altamente calificados” y “no puede estar disponible para todos los estudiantes” sino sólo para “los más dotados”, a causa de su carácter “inherentemente arduo”. Greene, en 1975, anuncia la emergencia de una nueva visión de literatura global y advierte que “pocos comparatistas están preparados para las consecuencias de esta ampliación de horizontes, pero éstas no pueden ser ignoradas.” Greene no establece nuevos objetivos y posibilidades para la disciplina, al menos, no tanto como trata de defender y preservar los requisitos propuestos por su antecesor en un marco de derrumbe del edificio conceptual.

Para los redactores del informe Bernheimer, los intentos por delimitar la incumbencia de la disciplina realizados previamente, la construcción de la disciplina misma ya no corresponde a las prácticas que definen actualmente el campo. Y advierten que, quizás, el mismo término “literatura” ya no describe adecuadamente el objeto de estudio.

LAS LENGUAS DEL COMPARATISTA: IDIOMA EXTRANJERO ¿PARA QUIÉN?

El dominio de lenguas extranjeras, un requisito esencial del comparatista, pareciera ser una de las competencias constitutivas del comparatista, al punto tal que pese a su “progresismo” y a la incomodidad evidente para seguir defendiendo este criterio de identidad disciplinaria, el informe Bernheimer sigue sosteniendo que el conocimiento de lenguas extranjeras continúa definiendo la identidad profesional del comparatista norteamericano. Sobre ese punto en particular parece dibujarse la problemática central de la definición de la práctica de la disciplina, como se comprueba en la recurrencia del tema en todas las reflexiones sobre el futuro de la literatura comparada y las muchas opiniones en

favor de mantener ese criterio: la capacidad para trabajar en varias lenguas define la pertenencia a la disciplina.

El escozor que resulta del planteo de exigencias idiomáticas más arduas para los programas de literatura comparada deriva en algunos casos en una propuesta metalingüística. Desde las posiciones que caracterizan el progresismo norteamericano (expresadas por la defensa o censura de ciertos usos de lenguaje) Mary Louise Pratt ("Comparative Literature and Global Citizenship", en Bernheimer) propone eliminar del léxico la expresión "lengua extranjera" que implica desde el vamos un posicionamiento ilegítimamente autocentrado y reemplazarla por la expresión "lenguas modernas".

La cuestión del dominio de lenguas es especialmente relevante en el marco de la preocupación multiculturalista. La literatura comparada se convertiría ella misma en una utopía fáustica: saberlo todo. En un posicionamiento que podría caracterizarse como una advertencia del tipo "Multiculturalismo o el que mucho abarca, poco aprieta", se puede objetar que para quien desee especializarse en la lírica europea del siglo XIX será mucho más útil saber algo sobre el verso latino que aprender guaraní, no importa cuán multicultural pueda ser esa última elección. La apertura multiculturalista de la literatura comparada implica el riesgo de una imposible y no siempre relevante maratón lingüística que abarcara tanto el latín, como el coreano, el árabe y el swahili.

Como paliativo y alternativa a la necesidad de un polilingüismo concebido como necesario, Rey Chow ("In the Name of Comparative Literature", en Bernheimer) propone que los estudiantes que no poseen necesariamente un conocimiento profundo de otro idioma que no sea su idioma nativo se introduzcan en la literatura comparada mediante el estudio de la teoría posestructuralista dado que el propósito pedagógico clave de dicha teoría, según Chow, es el estudio del lenguaje mismo.

Lo que sin embargo debe ponerse de relieve en este punto es el comentario incidental del informe Bernheimer sobre la nueva composición multicultural del alumnado en las universidades norteamericanas. Es este el hecho que matiza la idea del aprendizaje de lenguas como un privilegio. Por un lado, no se trata ya solamente de hablantes nativos de las lenguas "centrales"; por otro, se define un campo (un campus) al que las lenguas advienen, no por el esfuerzo de la adquisición, sino por el milagro de la demografía universitaria. La cuestión de las lenguas del comparatista está fuertemente asociada a las posiciones respecto de la traducción y a todo el sistema de analogías y tensiones bajo el que se pueda considerar la relación original/copia, versión, lectura, etc. En una introducción muy sumaria a la literatura comparada, Susan Basnett⁶ llega a sugerir incluso que ésta debería considerarse una rama subsidiaria de los *Translation Studies*. La operación se basa en el gesto de invertir (manteniendo

⁶ Ver reseña en este mismo número de *Filología*.

la dicotomía) los lugares del opresor y el oprimido. Si durante muchos años, el arte de la traducción se consideró derivativo y subsidiario, habría llegado la hora de la reivindicación: la traducción como lectura es más creativa que un eventual respeto a la noción de "original". La conceptualización de la traducción como "*les belles infidèles*", según han señalado algunas estudiosas feministas, reitera los modos de exclusión y legitimación basados en el género, al tiempo que la exigencia de fidelidad impuesta a la traducción recordaría los mecanismos por los que se imponen a las mujeres conductas basadas en la defensa de la propiedad del hombre sobre el cuerpo de la mujer.

La traducción se halla en el centro del debate multiculturalista, en la medida en que instala una constelación de temas, preocupaciones y geografías. Está atravesada por una compleja constelación de problemas: el debate entre lo central y lo remoto, la crítica del elitismo, tanto de las culturas hegemónicas como de los políglotas, el nivel cultural y social de las nuevas camadas de estudiantes, la democratización de la cultura.

Por eso no sorprende que el informe mitigue la desconfianza ancestral de los comparatistas respecto del valor de la lectura de textos en traducción, en momentos en que las exigencias ideológicas de pluralismo y la respuesta al problema de la comunicación entre tradiciones erige como modelo la figura del intelectual como traductor de las diferentes tradiciones culturales.

Pese a todo, el dominio de lenguas y la lectura de textos en idioma original constituyen uno de los últimos bastiones del comparatismo: se tratará entonces, de revisar los criterios ideológicos de selección de esas lenguas y de ampliar las posibilidades de distinguir las diferencias lingüísticas dentro de un "mismo" idioma nacional. Naturalmente, estas posiciones vuelven a conducir a la literatura comparada ante un nuevo abismo de indefiniciones, en la medida en que la alta percepción de las diferencias hace de las literaturas nacionales (tradicionalmente institucionalizadas en otros departamentos y cuyos límites mismos el comparatismo niega) un nuevo objeto de las literaturas comparadas.

El purismo polilingüista de Fox-Genovese ("Between Elitism and Populism: Whither Comparative Literature?" en Bernheimer), para quien es inconcebible que los profesores enseñen textos que no pueden leer en idioma original, conduce a la enseñanza de la literatura comparada a otra paradoja, como se observa en su propuesta de "abrir la literatura comparada a profesores procedentes de variadas culturas que no han sido incluidos por la literatura comparada quizás porque los profesores que saben Thai no han enseñado habitualmente literatura". ¿Se debe entonces privilegiar el saber del profesor de lengua por sobre el saber del profesor de literatura? ¿Para que sea comparada, la literatura debe dejar de ser literatura?

En este debate se olvida quizás, que la literatura no trabaja exclusivamente con lenguajes naturales, o dicho de otra manera, que hay "lenguas" propiamente literarias: los modelos formales del relato, el poema y los géneros, que pertenecen a la literatura con independencia de los lenguajes naturales.

LA INESPECIFICIDAD COMO RASGO CONSTITUTIVO

Tanto Bernheimer como casi todos los comentaristas de su informe parecen suscribir (sin embargo, con evaluaciones diversas del fenómeno) treinta y siete años después, el lamento de René Wellek (282-296) -originalmente proferido en 1958- cuando afirma: "La señal más seria del precario estado de nuestro estudio es el hecho de que no ha sido capaz de establecer su propio tema ni una metodología específica". La impresión general, compartida por los firmantes del informe es que al final de cuentas, la literatura comparada es por definición, indefinible. Esa indefinición o inestabilidad para darse una identidad diferencial es considerada intrínseca a la disciplina, precisamente porque su objeto de estudio nunca fue fijo ni estuvo determinado por límites nacionales y usos lingüísticos. Es decir, que la permanente autodefinition le es inherente. Justo es decir que en este caso, la necesidad de una nueva identificación proviene del arrinconamiento a la que es sometida por las nuevas tendencias en los estudios literarios hacia un curriculum multicultural, global e interdisciplinario.

Campo inestable, cambiante, inseguro y autocrítico. En palabras de Roland Greene: "la literatura comparada es necesariamente el menos establecido, el más difícil, el más mercurial de todos los campos de estudio literario" y se reinventa con cada generación. No posee ningún cuerpo común de conocimientos más que el de los estudios literarios y carece de propósito central.

El camino de la inespecificidad y el abierto rechazo a establecer estándares rígidos permite la deriva de sugerir que existirían comparatistas innatos entre los miembros más destacados de la profesión. Conciencia exiliada, el comparatista no se siente "en casa" en ningún lugar, trabaja en el borde de cada tema, su condición es la de quien navega entre lenguas, culturas, artes o discursos, lo que equivale a postular que la literatura comparada resulta así una elección profesional determinada por un tipo particular de subjetividad. Circunstancias peculiares de nacimiento, formación, cúmulo coyuntural de experiencias constituirían también cierto tributo a la biografía personal como clave de la competencia profesional.

LITERATURA: ¿UNA PRÁCTICA DISCURSIVA ENTRE OTRAS?

No son pocos los que leyeron el informe Bernheimer como un peligroso borramiento del interés por la literatura. Rifaterre ("On the Complementarity of Comparative Literature and Cultural Studies" en Bernheimer), Brooks ("Must We Apologize", en Bernheimer) y Culler ("Comparative Literature, at Last!" en Bernheimer) -un poco más "vieja guardia"- consideran que la propuesta del informe implica un abandono de los estudios literarios y un aplanamiento de la especificidad de la literatura. Rifaterre alerta sobre la asimilación de la literatura

comparada con los objetivos y métodos de los estudios culturales. Como reacción al énfasis en la contextualización característico de estos últimos (y positivamente valorado en el informe Bernheimer), Rifaterre declara que un texto puede ser considerado literario cuando sobrevive a la extinción de las cuestiones, la desaparición de las causas y la memoria de las circunstancias a las que el texto (ahistórico y significativo más allá de todo contexto) inicialmente dio respuesta. La literatura, por lo tanto descansa solamente en el texto y no debe confundirse ni con su génesis ni con su recepción. El canon, como excrecencia cultural del texto, debería ser objeto únicamente de los estudios culturales. Con la altivez de quien no teme a la mala conciencia, Rifaterre se pregunta, sin inocencia alguna: “quisiera saber qué es lo que no anda bien con la alta literatura o por qué debe ser degradada para dejarle espacio a otras formas”. Por su parte, para que la literatura comparada cumpla su función singular, Culler propone que los estudios culturales se enmarquen exclusivamente en los departamentos de literaturas nacionales. Solo resistiéndose a su conversión en estudios culturales, la literatura comparada encontrará una nueva identidad, como espacio de estudio del fenómeno literario en sus más amplias dimensiones.

La promesa interdisciplinaria y multiculturalista se encuentra fácilmente ante la posibilidad de convertirse en una arbitraria mescolanza de análisis televisivo, estilos de baile y la asimilación de la literatura comparada a los compromisos de dicha promesa corre el riesgo de que se reemplace el estudio de la literatura por una mezcla de historia social, sociología de aficionado e ideología personal.

Sin duda, la excesiva entrega a los postulados multiculturalistas por parte de la disciplina en su versión norteamericana, pasa por alto algunas evidentes verdades. Para empezar, la disputa eurocentrismo versus globalismo, cultura alta versus cultura popular, no son la misma discusión. Su agrupamiento enmascara una agenda que no es menos ideológica que la agenda original de la literatura comparada. Y también pone de relieve el hecho de que no es hay ninguna evidencia sensata de que en las literaturas de países cuya lejanía y “minoridad” tanto seducen la buena conciencia de los académicos, habrán de encontrarse necesariamente mensajes progresistas, gritos de protesta o voces de liberación.

CONCLUSIÓN: SOBRE EL INFORME PARA UNA ACADEMIA (NORTEAMERICANA)

La conclusión del informe Bernheimer y los comentarios coincidentes en torno a ésta son a la vez el punto de partida de la reflexión: que la literatura comparada se encuentra en una coyuntura decisiva, amenazada de contaminación con los hegemónicos estudios culturales y postcoloniales, que parecen haber recogido su guante misional y por la ampliación brutal del campo que suponen las exigencias del multiculturalismo. Paradójicamente, el espíritu internacionalista

que caracteriza la intención y la institucionalización de la literatura comparada como disciplina, revela, en los EE.UU un tratamiento peculiarmente idiosincrático. Nacionalmente idiosincrático.

Los intentos por redefinir la literatura comparada en la academia norteamericana se enfrentan con diversos problemas, de índole heterogénea:

1. La existencia de departamentos de literatura comparada, esto es, un problema de facto.
2. La existencia de nuevos objetos de estudio, de nuevas áreas de investigación, esto es, un problema de relevancia.
3. La identificación de un sistema de legitimidades, áreas, posiciones, saberes y estrategias interpretadas en términos de una dialéctica del bien y el mal, esto es, un problema moral.

Se podría afirmar, siguiendo a Elizabeth Fox-Genovese, que la línea divisoria dentro de las posiciones sobre la literatura comparada deriva en la existencia de dos bandos principales que podrían ser definidos, uno como el bando elitista, el otro, como el bando populista. Este último, representado bastante bien por el informe Bernheimer, se habría adaptado mejor a los criterios de la *affirmative action* y seguiría con mayor voluntad los criterios contemporáneos de corrección política. Como dice Tobin Siebers (“Sincerely Yours” en Bernheimer), la lectura del informe Bernheimer demuestra que los comparatistas “todavía creen que de tener suficiente dinero, podrían producir el tipo de gente que mejoraría el mundo”.

Es aquí donde pueden retomarse las observaciones del comienzo sobre la academización del progresismo y la nueva flexión del tema de la mala conciencia característica de los intelectuales.

Para contrarrestar la indigna historia de opresión e injusticia, la literatura comparada siente suya la misión de lavar los pecados del mundo, en parte porque se ha demostrado hasta qué punto acompañó ideológicamente acciones tan culpables como la formación de un canon en el que las voces excluidas hacen oír ahora sus gritos lastimeros. En otras palabras, la literatura comparada encuentra hoy que no ha sido políticamente correcta. La especialidad confiesa, ahora, la conciencia culpable del opulento, en parte como reacción ante las nuevas disciplinas, enfoques y/o estudios de área que, como los *women's studies*, *postcolonial studies*, *cultural studies*, etc. expresaron su afinidad con la corriente “democratizadora” que afectó profundamente la institución universitaria y cuestionaron la legitimidad de las disciplinas establecidas antes del “descubrimiento teórico” del universo de los excluidos y las minorías.

De allí las exigencias de que una disciplina, en este caso la literatura impositivo, rechazo de todo esencialismo: se formula incluso que existe una misión intelectual del comparatista que recuerda, en sus ecos, cierta idea de *engagement* y transformación del mundo social con las armas específicas de ese

modo de conocimiento abierto a las diferencias. El campo elíseo de la literatura comparada (considerada durante años una disciplina de élites, territorio exclusivo de los intelectuales más preparados, más cultos, más eruditos y políglotas) está actualmente sembrado de buenas intenciones. En sentido moral, literalmente.

Sin embargo, esta tarea tiene como horizonte de realización un campo cuyo margen es verdaderamente estrecho, casi un campo minado.

La ampliación del campo en la era multiculturalista sumada a la lectura en clave moral, obliga a ciertas torsiones elusivas y propulsa la operación consistente en definir, antes que un campo de positivities y tareas, un conjunto de restricciones, un repertorio de tabúes que conspiran contra la posibilidad de un comparatismo legítimo (y, reconozcámoslo, de toda tarea cultural). Bernheimer (9) presenta de este modo este lecho de Procusto: "No importa cuántos años te hayas dedicado a estudiar una cultura; si no te pertenece "por la sangre" siempre se te podrá achacar inautenticidad. Cuantas más literaturas comparas, tanto más imperialista colonizador parecerás. Si señalas lo que esas culturas tienen en común -temáticamente, moralmente, políticamente- se te podrá acusar de imponer un modelo universalista que suprime las diferencias particulares. Si, por el contrario, subrayas las diferencias, entonces las bases de la comparación se tornan problemáticas y tu respeto por la singularidad de formaciones culturales particulares puede sugerir la imposibilidad de cualquier relación significativa entre culturas".

Implícita en la frase de Bernheimer, se dibuja una figura temible, la de una fiscalía que en nombre del Poder, de la Revolución o de lo Políticamente Correcto (según los diversos avatares o instancias en los que se arrincona un reclamo de pureza ideológica, crítica, teórica o estética, que siempre oficia de censor), no oculta las viejas prácticas intelectuales de comisariado cultural y la competencia por el "progresismo" entre disciplinas.

Irónicamente, el Tercer Mundo (los ¿Postcoloniales?), las mujeres, los judíos, los homosexuales, estamos a salvo y podemos cometer tranquilamente nuestros propios errores. Estamos, por una vez, a salvo de algo.

CLAUDIA GILMAN

Universidad de Buenos Aires

OBRAS CITADAS

- ANDERSON, PERRY. 1976. *Considerations on western marxism*. London. New Left Books.
BASNETT, SUSAN. 1993. *Comparative Literature. A Critical Introduction*. Oxford & Cambridge, Blackwell Publishers.

- BERNHEIMER, CHARLES (ed.). 1995. "Introduction. The Anxieties of Comparison". *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore and London, The John Hopkins University Press.
- GOULDNER, ALVIN. 1980. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Madrid, Alianza.
- HOBBSAWM, ERIC. 1995. *Historia del siglo XX*. Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- ROBBINS, BRUCE (ed.). 1990. *Intellectuals. Aesthetics, Politics, Academics*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- WELLEK, RENÉ. 1963. "The Crisis of Comparative Literature" en *Concepts of Criticism*. New Haven and London, Yale University Press.